

nos proponen experiencias de lectura y de apropiación muy distintas a las vistas anteriormente.

El último capítulo de este volumen se titula “Lectura y autobiografía” e indaga en torno a las referencias al acto de leer que pueden hallarse en textos de corte autobiográfico (en el sentido más amplio de autobiografía) en los siglos XVI y XVII. Castillo Gómez pasa revista a diferentes tipos de autobiógrafo y lector, del erudito al soldado, pasando por la religiosa o el humilde artesano. Interesa, en este análisis, el concepto de “biblioteca interior” que esboza el investigador: aquellos libros que, para el autor de su propia vida, han tenido un impacto en la conformación del sujeto hasta inspirarle un modelo de conducta. Esta “biblioteca interior”, por ejemplo, está conformada por literatura hagiográfica para quienes tienen una vocación religiosa o por *vidas* de soldados para quienes persiguen la gloria en la milicia.

En conclusión, por la variedad de textos y documentos que emplea, así como por los conceptos que elabora y su perspectiva crítica, *Leer y oír leer* constituye una contribución relevante a la historia de la lectura durante el Siglo de Oro. Se trata de un trabajo muy útil para el investigador de este periodo, tanto en el terreno de la filología como en la historia cultural, debido a la calidad del análisis y al acopio bibliográfico que supone. Esta colección de ensayos se lee con agrado y curiosidad por su rigor, creatividad y agudeza crítica.

FERNANDO RODRÍGUEZ MANSILLA
(HOBART AND WILLIAM SMITH
COLLEGES GENEVA, NEW YORK)

Rebeca Martín/Joaquim Parellada (eds.): *Una horma para el cuento. Del relato legendario e histórico al cuento moderno en la prensa española del siglo XIX*. Madrid/ Frankfurt a. M.: Iberoamericana/Veruert, 2016. 173 páginas.

La narrativa breve se presenta en el siglo XIX español bajo las denominaciones más variopintas, todas las cuales comparten una importante cantidad de rasgos, entre ellos su aclimatación a los ritmos y espacios de la prensa periódica, en la que los cuentos, leyendas y novelas cortas reemplazaron paulatinamente —como demostró en su día Cecilio Alonso— al cuadro de costumbres. Esa ficción decimonónica, menor en tamaño pero no en significaciones, ha sido objeto de importantes estudios de conjunto, empezando por las acreditadas monografías de Mariano Baquero Goyanes (1949, 1963, 1988). En 1992 se publicó a título póstumo *El cuento español: del Romanticismo al Realismo*, del mismo, pero también *El cuento de la prensa y otros cuentos*, obra de Ángeles Ezama sobre la narrativa breve durante la última década del siglo; *El cuento español del siglo XIX* (2003), de Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo, puso a nuestra disposición un utilísimo panorama general, con las flaquezas propias del que mucho abarca; Montserrat Amores ha publicado varios e importantes trabajos sobre el cuento español de transmisión oral y su conexión con las narraciones de circuito letrado. Estos son algunos de los referentes más visibles dentro de un panorama crítico ya considerablemente extenso, como puede comprobar quien hojee la bibliografía que Lidia Jané compiló en *Estudios sobre el cuento español del siglo XIX*

(2008), volumen colectivo coordinado por Montserrat Amores y Rebeca Martín.

Varios de los autores –mayoritariamente *autoras*– que participaron en esta última empresa forman parte del Grupo de Investigación del Cuento Español del Siglo XIX y reúnen en el libro que ahora nos ocupa siete estudios de caso. Los comentaré de manera sucinta y en un orden que responde únicamente a conveniencias expositivas.

Comencemos por la ya mencionada Montserrat Amores, excelente conocedora del cuento decimonónico que dedica aquí al *Museo de las Familias* un artículo solvente y descriptivo. En él estudia la política editorial de la publicación y reconstruye en detalle la nómina de sus colaboradores. Esto es sobre todo interesante para la segunda época del *Museo* (que va de 1855 a 1870), menos conocida que la primera. La autora previene contra la asimilación de esta revista a las *Ilustraciones* –bastante más informativas– y enfatiza el peso que tuvieron en aquélla las “traducciones oficiosas”, es decir, los artículos plagiados de periódicos extranjeros. El *Museo de las Familias* “defend[ía] claramente el Romanticismo cristiano y conservador” (p. 56) y –concluye Amores– cuando deja de publicarse hacía ya mucho tiempo que representaba estéticas periclitadas (si es que el Romanticismo llegó a periclitarse alguna vez, lo que sería interesante discutir).

Admirado por Francisco Giner de los Ríos y por Benito Pérez Galdós, Ventura Ruiz Aguilera continúa revelándose como uno de los escritores más sugestivos de los años centrales del XIX. Teresa Barjau estudia los *Proverbios ejemplares* que Ruiz Aguilera fue publicando en otro “museo”, *El Museo Universal*, antes de reunirlos en volumen. Tras resumir los relatos más so-

bresalientes, Barjau identifica en ellos una nítida reivindicación de la clase media y de las virtudes pequenoburguesas, y señala las principales influencias de las que son deudores: junto a Eugène Scribe y Théodore Leclercq, los sainetes de Ramón de la Cruz y de Bretón de los Herreros. Se constata así una vez más la importancia del teatro breve en la adopción de la estética realista por la literatura española.

La contribución de Beatriz Ferrús está consagrada a los nuevos modelos de mujer que proponen las leyendas de Gertrudis Gómez de Avellaneda. La argumentación, rápida y límpida, conduce a la conclusión siguiente: “Mientras las leyendas europeas [esto es, las leyendas de Gómez de Avellaneda ambientadas en localidades europeas] denuncian las leyes sociales injustas, los principios ‘construidos’ desde los que la mujer ha sido oprimida, buscando el progreso y la transformación, los relatos americanos *versionan* la historia oficial para darle el protagonismo siempre omitido, para preguntarse por su papel en la misma” (p. 141).

Siwen Ning, que ya había dedicado un artículo a la representación de China en *El Mundo Pintoresco*, dirige ahora su atención a tres relatos publicados en aquel periódico entre 1859 y 1860, salidos los tres del magín de José González de Tejada. Dos de ellos, “El eclipse” y “Una excursión a Aranjuez”, tienen bastante de escena de costumbres con ocasionales ribetes alegóricos. Llama mucho más la atención el tercero, un sueño festivo y deliciosamente disparatado que se tituló “Un amor hasta la China. Novela de costumbres”, donde las costumbres eran por completo fabulosas. La autora hace bien en subrayar el aprovechamiento en estas ficciones de te-

mas y motivos aparecidos anteriormente en secciones informativas de las mismas cabeceras: una interesante práctica autorreferencial a la que no son ajenos los medios actuales. Este es, junto con algunas páginas del capítulo de Amores, de los pocos momentos en que se aborda la especificidad del medio periodístico y su influencia en la producción y consumo de la narrativa breve, y que debería llevar a estudiar aspectos como las estrategias seriales, la relación con la actualidad y con el calendario, la función de la ficción dentro de un producto cultural misceláneo, el diálogo con ilustraciones u otros elementos paratextuales, la adecuación de los relatos a la línea ideológica de la cabecera, etc.

Lidia Jané estudia las 22 leyendas sobrenaturales publicadas en el *Semanario Pintoresco Español*, de las cuales 10 eran traducciones. La argumentación, claramente estructurada y avalada por extensas lecturas, comienza conceptualizando la leyenda romántica y enlazándola con las hagiografías tradicionales. Jané estudia los procesos de adaptación y traducción, subraya la justificación de lo sobrenatural a partir de una *Weltanschauung* cristiana y se detiene a considerar los dispositivos narrativos en que se sustenta la verosimilitud de esos relatos.

Raquel Gutiérrez Sansebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez analizan dos de los cuentos que Mariano Roca de Togores publicó en aquel mismo *Semanario* en 1836. Los autores leen como motivos teatrales los diálogos y los monólogos de esos relatos, lo que los adscribiría al subgénero del “cuento dramatizado”, que sería —¿por qué?— la “fórmula narrativa romántica más perfecta” (p. 17). Sin negar la probable influencia de los dramas románticos

en la prosa del momento, me parece que entender como “dramáticos” textos con diálogos o monólogos es simplificar demasiado las cosas, negando a la narrativa la capacidad de gestionar voces ajenas de manera directa. Como ha explicado Luis Beltrán Almería en *Palabras transparentes*, sería después de las fechas en las que escribía Roca de Togores cuando se complicase el discurso referido en la narrativa occidental, con la proliferación de estrategias tales como el discurso indirecto libre, la psico-narración, el flujo de conciencia, etc. En abono de la hipótesis teatral, los autores de este artículo escanden las declaraciones de uno de los personajes de Roca de Togores, que tienen “inequívoco sabor escénico” (p. 21), lo que resulta en una tirada de versos blancos anisilábicos: en 1836 pocas personas habrían reconocido algo así como “versos”, y aun cuando lo hubieran hecho, en nada se habrían asemejado a los versos empleados entonces en el teatro.

Cerrando el volumen, Jaume Pont comenta tres relatos de Antonio Ros de Olano, autor sobre el que ya ha escrito en otras ocasiones. Estas narraciones, publicadas entre 1877 y 1879 en la *Revista de España*, son barrocas tanto en la elección de motivos como en el tratamiento de los mismos, pero al mismo tiempo están impregnadas de una ironía netamente romántica. Cuesta decidir si Ros de Olano es un fósil de edades remotas o un adelantado a su tiempo: sabroso dilema que quizá no sea indispensable resolver.

El volumen se encuentra atravesado por un interés por las formas en las que estos cuentos justificaban o dejaban de justificar la ficción. Se entiende que para el católico lector del *Semanario Pintoresco Español*

los milagros son circunstancias extraordinarias pero verosímiles, lo que excusa explicaciones suplementarias —como sentenciaba un personaje de Fernán Caballero, “[e]sto no se explicó *nunca* para los incrédulos, pero sí *muy luego* a las almas creyentes” (en “La hija del sol”, *La Ilustración*, 18 de julio de 1849)—. Tampoco ofrecen especiales garantías los narradores omniscientes y moralistas de los *Proverbios ejemplares*, acaso por considerarse evidente su carácter fabulístico. En cambio, la materia improbable pero verosímil es avalada muchas veces por la tradición o la autoridad de una crónica escrita, como llevaba haciéndose en la prosa de entretenimiento desde la alta Edad Media. Muchas leyendas —incluyendo las de Bécquer— presentan a un cronista externo a lo narrado que se limita a transcribir lo que otros le han contado, lo que *se dice*, inhibiéndose por lo tanto en lo que atañe a su veracidad. Ese marco legitimador, no obstante, se irá perdiendo poco a poco (p. 131), como ilustran en el último tercio del siglo XIX las leyendas de Gómez de Avellaneda, que con frecuencia se ofrecen al lector como textos factuales, y en los cuales ocasionalmente lo maravilloso es objeto de una explicación racional (p. 138). Algunos de los relatos de Mellado o de Roca de Togores se presentan asimismo como sucesos históricos. Uno de los de Roca sería objeto de una compleja y muy sintomática adenda al incluirse en un volumen de obras completas mucho tiempo después de la publicación original, adenda en la que se justificaba la elaboración artística de una vida de santo y se daba por ficticio lo que pudiera empañar su memoria —pasando por verdadero lo que no la dañase, por fabuloso que pudiera parecer— (p. 28). Aunque aquí no

se diga, el otro relato que Roca publicó en 1836 en el *Semanario* se presentaba como una paráfrasis de un episodio histórico reportado por Juan de Mariana. Los narradores autodiegéticos de Ros de Olano, en fin, serían los poco fidedignos garantes de la veracidad de una materia harto improbable. Todas estas cautelas, que hoy pueden parecernos superfluas o inocentes, delatan una escrupulosa sensibilidad para distinguir entre varios estatutos de ficción y una constante preocupación por darle el marco que convenga en cada caso, que haga aceptable la ficción ante un lector ideal que parece necesitar todavía que se la justifiquen.

La introducción de este volumen concluye invitándonos a leer a todos estos escritores “menores” para apreciar mejor la calidad de los “mayores”, lo cual representa una pobre vindicación. Un investigador no tiene por qué hacerse valedor de su objeto de estudio, claro está, pero me pregunto si considerar que los relatos de Ruiz Aguilera o de Gómez de Avellaneda son tributarios de los de Bécquer o Galdós no implicará dejar de ver lo mucho que en aquéllos vieron respectivamente Galdós y Bécquer.

ÁLVARO CEBALLOS VIRO
(UNIVERSITÉ DE LIÈGE)

Javier Varela: *El último conquistador: Blasco Ibáñez (1864-1928)*. Madrid: Tecnos, 2015. 946 páginas.

En 2017 se cumple siglo y medio del nacimiento de Vicente Blasco Ibáñez, y el año ha comenzado con la publicación de la biografía, largo tiempo inédita, que